

# El ejercicio del pensar

# #50

Marzo 2024

**Marxismo y  
nacionalismo  
revolucionario:  
Carlos Pereyra en  
*Solidaridad***

Boletín del  
Grupo de Trabajo  
**Historia y coyuntura:  
perspectivas  
marxistas**



Ortega Reyna, Jaime

El ejercicio del pensar no. 50 : Marxismo y nacionalismo revolucionario : Carlos Pereyra en Solidaridad / Jaime Ortega Reyna ; Carlos Pereyra ; Coordinación general de María Elvira Concheiro Bórquez ; Marcelo Starcenbaum ; Patricia Flor De Lourdes González San Martín ; Editado por Luis Alvarenga ; Carlos Pérez Segura ; Jaime Ortega Reyna. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2024.

Libro digital, PDF - (Boletines de grupos de trabajo)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-758-2

1. Nacionalismo. 2. Democracia. 3. Hegemonía. I. Pereyra, Carlos. II. Concheiro Bórquez, María Elvira, coord. III. Starcenbaum, Marcelo, coord. IV. González San Martín, Patricia Flor De Lourdes, coord. V. Alvarenga, Luis, ed. VI. Pérez Segura, Carlos, ed. VII. Título.

CDD 306.2

## PLATAFORMAS PARA EL DIÁLOGO SOCIAL



**CLACSO**

Consejo Latinoamericano  
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano  
de Ciências Sociais

### Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

### CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

### Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Producción Editorial

### Equipo

Natalia Gianatelli - Coordinadora

Cecilia Gofman, Marta Paredes, Rodolfo Gómez, Sofía Torres,

Teresa Arteaga y Ulises Rubinschik

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

### CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina.

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875

<clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>



### Coordinadores

**María Elvira Concheiro Bórquez**

Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades

Universidad Nacional Autónoma de México  
México

[elvira.concheiro@gmail.com](mailto:elvira.concheiro@gmail.com)

**Marcelo Starcenbaum**

Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales

Universidad Nacional de La Plata - CONICET  
Argentina

[mstarcenbaum@gmail.com](mailto:mstarcenbaum@gmail.com)

**Patricia Flor De Lourdes González San Martín**

Observatorio de Participación Social y Territorio  
Universidad de Playa Ancha

Chile

[plgonzal@upla.cl](mailto:plgonzal@upla.cl)

### Equipo Editor

**Luis Alvarenga**

Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

[lalvarenga@uca.edu.sv](mailto:lalvarenga@uca.edu.sv)

**Carlos Pérez Segura**

Instituto de Formación Política de Morena

[carlosperseg@gmail.com](mailto:carlosperseg@gmail.com)

**Jaime Ortega Reyna**

Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco

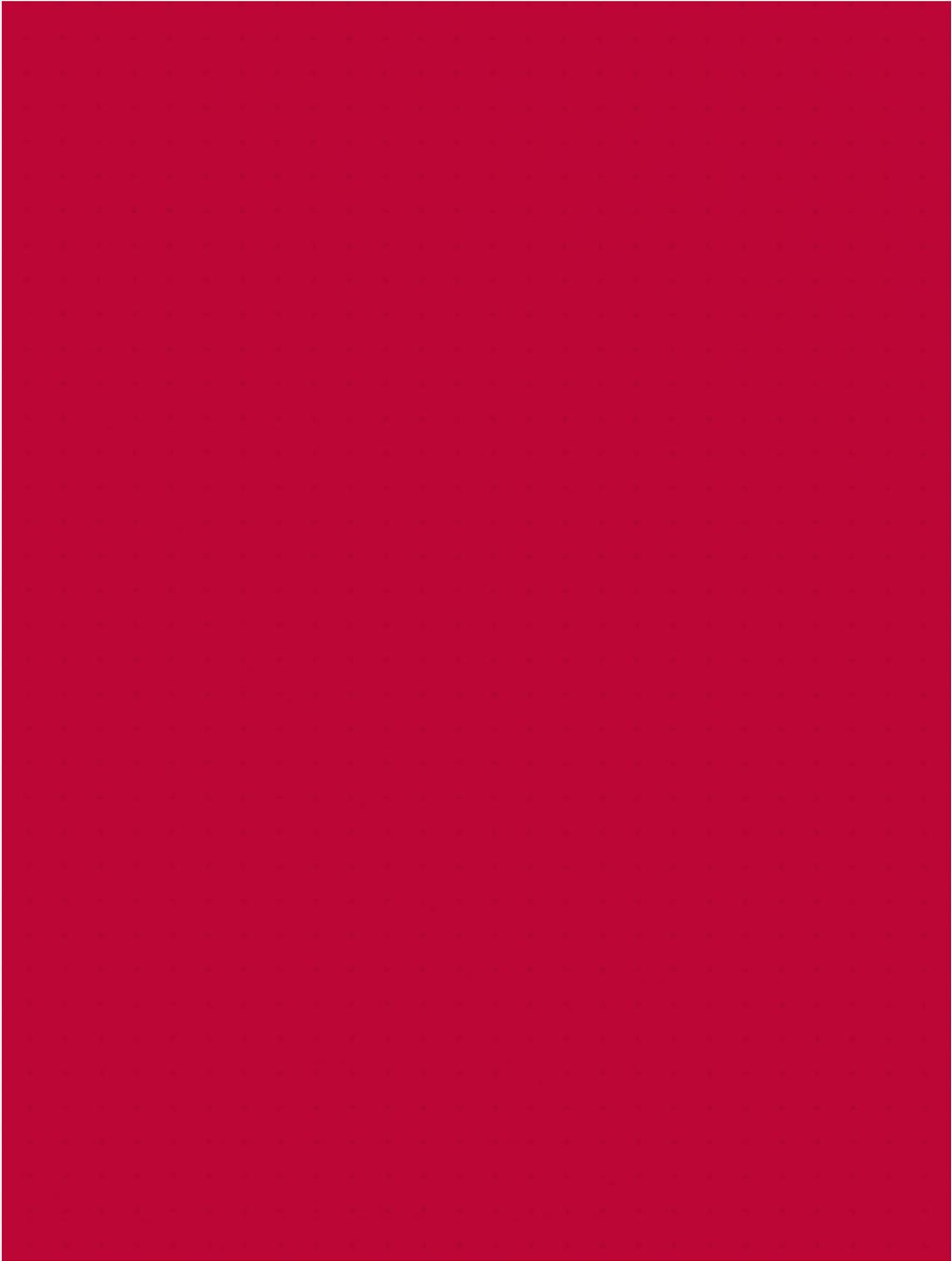
[gtmarxismo@gmail.com](mailto:gtmarxismo@gmail.com)

Facebook: <https://www.facebook.com/Herencias-y-perspectivas-del-Marxismo-Gt-Clacso-159187474621120>



# Contenido

- 5** Introducción  
Carlos Pereyra o la nación  
como problema marxista  
Jaime Ortega
- TEXTOS DE CARLOS PEREYRA**
- 11** No todo nacionalismo es  
revolucionario
- 15** Adiós, Tío, Ho
- 21** El desarrollo y una  
problemática no resuelta
- 25** El intelectual y la crítica
- 29** ¿Filosofía de la revolución  
mexicana?
- 33** ¿Ideología de la revolución  
mexicana?
- 37** Golpe militar en Argentina
- 41** Iglesia y cambio
- 45** La dinámica desarrollista  
descansa en la  
sobreexplotación del trabajo
- 48** Lenin y los sindicatos
- 52** Libertad y necesidad
- 55** Mariátegui, el pionero
- 58** **Posdata:** Proyecto fallido
- 



**El ejercicio del pensar**  
Número 50 · Marzo 2024



# Introducción

## Carlos Pereyra o la nación como problema marxista

Jaime Ortega\*

Carlos Pereyra nació el 7 de agosto de 1940 y murió el 4 de junio de 1988. Con una vida breve, pero intensa, su obra marxista abrió un poderoso diálogo con las perspectivas del “nacionalismo-revolucionario”. En el caso mexicano, esto significó una revaloración de la experiencia de la propia revolución mexicana, especialmente de la etapa de gobierno de Lázaro Cárdenas, como una evaluación de las vicisitudes de la clase obrera mexicana.

Marxista confeso, Pereyra dio apertura a las obras de Louis Althusser, Nicos Poulantzas, Antonio Gramsci; pero también a las de Kant, Hegel y el idealismo alemán. Sus vínculos con las izquierdas atraviesan la efímera vida del Partido Socialista Estudiantil, con el Partido Comunista Mexicano, la Tendencia Democrática del Sindicato Electricista, el Movimiento de Acción Política y el Partido Socialista Unificado de México.

Filósofo de formación y profesión, ejerció el magisterio universitario y en la escritura se destaca por su capacidad articuladora de complejidades explicativas en columnas de opinión. Su talento en el ensayo teórico es notable en obras como *El sujeto de la historia o Política y violencia*, que son tanto intervenciones políticas como clarificaciones conceptuales.

\* Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Historia y coyuntura: perspectivas marxistas. Profesor-Investigador en el Departamento de Política y Cultura de la UAM-X.

El conjunto de artículos que compilamos en este boletín fueron transcritas de la revista *Solidaridad*, vinculada al ejercicio político y de movilización de la clase obrera mexicana en su sector electricista. Aquel contingente proletario colocó en tela de juicio la deriva corrupta y autoritaria de la pos-revolución mexicana, al tiempo que rescató el aporte práctico-política de esta, que es el proceso de nacionalización. Pereyra escribió múltiples columnas en aquella publicación, misma que entablan un diálogo político, teórico y cultural entre un marxismo abierto y crítico y una tradición política insoslayable para el caso mexicano, con destellos en otros puntos de la geografía latinoamericana.

## **Nacionalismo, ideología y clase obrera<sup>1</sup>**

En los países de capitalismo dependiente hay una relación particularmente estrecha entre el proceso de liberación nacional y el camino que recorre el proletariado en formación como clase social. La dependencia no sólo se caracteriza por la subordinación económica, la transferencia de recursos al exterior, el atraso social, político y cultural que genera, sino también por las dificultades específicas que enfrenta la constitución del Estado nacional. En efecto, la soberanía de una nación se ve disminuida allí donde las decisiones que afectan a la sociedad en su conjunto, se adoptan muchas veces fuera de las fronteras del país dependiente y por instituciones ajenas al poder centralizado en el Estado. La dependencia no sólo implica que los resortes del crecimiento económico se encuentran en el exterior, sino también que las decisiones políticas oficiales atienden a la fuerza de los intereses extranjeros: el interés nacional se ve vulnerado en esta medida y ello repercute en el comportamiento de las clases sociales, cuyos intereses específicos se vinculan de distinta manera con ese interés nacional.

<sup>1</sup> *Solidaridad*, 27 de septiembre de 1980.

En los países dependientes los dueños del capital se muestran incapaces para animar un proyecto nacional que satisfaga (aunque fuera en forma desigual y desproporcionada) a los diversos sectores de la sociedad. A diferencia de lo que sucede en los países de crecimiento autosostenido donde la acumulación privada de capital va acompañada del mejoramiento relativo en las condiciones de vida de toda la población, en los países dependientes esa acumulación privada de capital se realiza con base en la exclusión de grandes masas de los beneficios del crecimiento. Para la burguesía local, además, la posibilidad de obtener utilidades no se encuentra tanto en la competencia con los monopolios transnacionales sino en la asociación con éstos, aunque ello suponga saqueo de los recursos naturales, descapitalización del país, deformaciones en la estructura de la planta productiva, una posición desventajosa en la división internacional del trabajo y, en general, los numerosos daños que se conjugan con la dependencia. Así pues, la clase dominante en los países dependientes carece de proyecto nacional y no está en condiciones de comportarse conforme al interés nacional.

Dada esta característica esencial del capitalismo dependiente, la base social de un proyecto de desarrollo verdaderamente nacional se encuentra en el bloque dominado, particularmente en la clase obrera. Si en los países donde las relaciones capitalistas de producción se establecieron en virtud de su propia dinámica, la tarea de estructurar la nación se cumplió a partir del espacio creado por la expansión de la burguesía, en los países dependientes, donde las relaciones capitalistas se imponen desde fuera, esa clase no puede crear tal espacio. La sociedad pudo organizarse alrededor de un proyecto nacional burgués en los países con desarrollo capitalista temprano y, en cambio, sólo podrá organizarse alrededor de un proyecto nacional popular en los países con desarrollo capitalista tardío. La cuestión nacional tiene, por tanto, características muy distintas en el centro del sistema mundial capitalista, de las que adopta en la periferia de ese sistema mundial. El ordenamiento de la nación fue una tarea realizada por la burguesía en los países centrales y, en consecuencia, la formación de la clase obrera no pasó por el cumplimiento de esa tarea,

mientras en los países periféricos, por el contrario, liberación nacional y formación de la clase obrera se dan en un mismo y único proceso.

Galván y los electricistas se esforzaron de manera reiterada en denunciar esta situación, especialmente la de la industria eléctrica. Si bien siempre la consideraron como un paso adelante, que debía ser defendida ante los embates reprivatizadores de la burguesía, señalaron enfáticamente cómo había sido desviada de su curso. Denunciaron reiteradamente la duplicidad administrativa y técnica, el endeudamiento creciente, la falta de integración y planeación, la política tarifaria injusta, los subsidios a la burguesía, su rezago en el desarrollo de una tecnología propia, la corrupción administrativa y sindical, etc.

El sector nacionalizado de la economía debía funcionar como la palanca principal para la consolidación de la soberanía del país y para abrir brecha a un desarrollo más equitativo. Si bien habían sido desnaturalizadas, los trabajadores tenían el compromiso de preservarlas, expandirlas, fortalecerlas reorientarlas. La Declaración de Guadalajara en este sentido es muy clara. Desencantado de la política de la burocracia de las empresas estatales, vislumbró en los trabajadores la única fuerza capaz de llevar a cabo la transformación de la política de desarrollo de ese sector de la economía. “No basta nombrar funcionarios honestos ni multiplicar los inspectores. Es imprescindible la participación democrática de los propios trabajadores en el control sobre los administradores: controlar gastos, nóminas, contratos, planes de desarrollo, etc. En ese proceso, obreros van recuperando su personalidad e iniciativa, su poder de decisión sobre la producción que ellos mismos realizan...”

El nacionalismo de Galván es así un auténtico nacionalismo proletario. Por la fuerza principal encargada de impulsarlo, por su carácter progresista y democratizador, por sus efectos políticos y sociales, por los enemigos a los que tiene que enfrentar, el nacionalismo de Galván es profundamente revolucionario incapaz de reducir y simplificar la historia del país, ajeno a los dogmas y a los esquemas, cerrado a las repeticiones e

imitaciones para buscar el rumbo de México, intentó rastrear en el pasado de la nación (fundamentalmente en sus etapas de ascenso revolucionario) la plataforma para proyectar un futuro para y de los trabajadores. Al final, Galván pudo reconstruir la historia de México y a partir de ella ofrecer un programa para la transformación.

En su proyecto de construcción de un México más justo e independiente, el nacionalismo jugaba el papel de un eslabón entre el pasado y el futuro. “Para nosotros, el nacionalismo es un paso no caprichoso ni desviacionista, sino necesario, en el proceso de toma de conciencia proletaria; constituye un tributo a nuestro origen campesino, un punto de encuentro y comunicación con la tradición revolucionaria global del pueblo. En las fases ulteriores de ese proceso desaparecerá sin duda todo lo superfluo y conservador de la tradición nacionalista, el proletariado se identificará a sí mismo como clase y definirá y jugará su rol histórico central”.

# TEXTOS DE CARLOS PEREYRA

El ejercicio del pensar  
Número 50 · Marzo 2024



# No todo nacionalismo es revolucionario<sup>1</sup>

Una ola de nacionalismo recorre el Tercer Mundo. Si bien existe una serie de países cuyo grado de subordinación al capital extranjero y a la política imperialista les impide avanzar por el camino de las reivindicaciones nacionales, es innegable que también se ha generado en una buena parte de los países dependientes una tendencia antimperialista.

No se trata sólo del antimperialismo como contenido básico del comportamiento de diversas fuerzas sociales y políticas, sino también de la adopción de posturas nacionalistas por parte de los gobiernos respectivos. Esa tendencia se manifiesta tanto bajo la forma del nacionalismo económico como del nacionalismo político. En efecto, en muchos países del Tercer Mundo se han sucedido en los últimos años diferentes acciones gubernamentales encaminadas a lograr la recuperación del control de los recursos naturales propios, defender los precios de las materias primas que constituyen la parte fundamental de sus exportaciones, imponer su soberanía sobre la plataforma marítima y, en general, ejercer un mayor control sobre la economía nacional. Por otra parte, en varios de esos países se pueden advertir serios esfuerzos para construir una política exterior independiente y modificar el conjunto las relaciones internacionales.

El grado de integración de la economía nacional al sistema mundial capitalista y la correlación local de fuerzas determina el mayor o menor peso

<sup>1</sup> *Solidaridad*, segunda quincena de 1974.

de la tendencia nacionalista en el gobierno de los países del Tercer Mundo, así como su orientación efectiva. En aquellos países en los cuales las relaciones comerciales están concentradas de manera excesiva en una sola metrópoli altamente industrializada, o en aquellos casos en los que se ha elevado a cifras peligrosas para el equilibrio de la economía nacional, o cuando se depende en demasía de una sola fuente de capital foráneo para las inversiones, etc., la tendencia nacionalista no puede ser menos que limitada y vacilante. En este sentido es significativa la declaración hecha por Henry Kissinger el pasado 1º de marzo, en los cínicos términos empleados en esta etapa por la diplomacia estadounidense. El funcionario norteamericano amenazó a “ciertos gobiernos de Latinoamérica”, los cuales adoptan hacia Washington “tácticas de confrontación”... con “mayores dificultades para su desarrollo económico que depende en amplia parte de su cooperación con Estados Unidos. Kissinger se mostró “preocupado por la tendencia creciente en algunos de ellos a participar en tácticas de confrontación entre los países industrializados y las naciones en vías de desarrollo”.

¿Por qué resurge en los últimos años una tendencia nacionalista parecía haber sido eliminada definitivamente en virtud de la creciente integración de los países del Tercer Mundo al sistema mundial capitalista? En amplios sectores académicos y políticos de América Latina confundió tal integración con la completa desaparición de las contradicciones entre las naciones subordinadas y las metrópolis dominantes. De la misma manera que en el periodo inmediato posterior a la Segunda Guerra Mundial se creyó equivocadamente que la contradicción entre los bloques capitalista y socialista cancelaba para siempre la posibilidad de pugnas exacerbadas entre los países capitalistas (al igual que entre los países socialistas), también se incurrió en el esquema simplificado de suponer que la dependencia borraba de manera absoluta las contradicciones entre las naciones periféricas y las sociedades hegemónicas en el mundo capitalista. La historia reciente ha mostrado que la penetración cada vez mayor del capital extranjero en las economías nacionales del Tercer Mundo no implica la homogeneización total de los objetivos económicos y políticos.

En una situación de crisis mundial, cuando el ritmo de crecimiento económico disminuye y en algunas partes aparece el decrecimiento, cuando aumenta el número de obreros desempleados, cuando la espiral inflacionaria se mantiene ininterrumpidamente, cuando el capital ve amenazada o disminuida su tasa de ganancias, etc., entonces reaparecen en toda su profundidad diversos tipos de contradicciones. Unos países quieren descargar sobre otros el peso de la crisis. Algo semejante ocurre en el interior del bloque dominante en un país, cada una de cuyas clases y fracciones procura salir mejor librada aun a costa de las restantes. Finalmente, la oposición entre capital y trabajo tiende a encontrarse porque el capital no encuentra más salida para compensar la disminución de su tasa de ganancias que la de incrementar la explotación de la fuerza de trabajo.

La crisis del sistema capitalista hace más claro lo que, sin embargo, es una realidad independiente de la crisis: la monopolización de la economía no elimina los intereses nacionales. Se trata, es obvio, de intereses nacionales que, a su vez, no anulan las contradicciones de clase y, secuencia, los intereses específicos y la perspectiva política de cada clase. Por ello no toda manifestación de una tendencia nacionalista a nivel gubernamental puede ser considerada expresión de nacionalismo revolucionario. El carácter revolucionario o del nacionalismo y, por tanto, su contenido de clase, está dado por la propia relación entre las clases en un país. Si uno de los resultados del nacionalismo consiste en la recomposición del bloque en el poder, es decir, si de la política nacionalista se deriva el desplazamiento del poder de aquella fracción de la burguesía vinculada a la actividad del capital extranjero, entonces se puede hablar de nacionalismo revolucionario.

En la medida en que, dado el nivel alcanzado por el desarrollo capitalista a escala mundial, la vida económica no puede prescindir de la intervención del Estado en esa misma medida éste se convierte en el lugar donde se da el forcejeo entre las diferentes fracciones del bloque dominante. El nacionalismo que tiende a fortalecer la posición del Estado no escapa

por sí mismo a ese forcejeo. De tal manera, cuando ese nacionalismo conduce a crear nuevas condiciones para la negociación entre resto del sistema mundial, los beneficios derivados de esa política no favorecen de modo automático al conjunto de la población. Por el contrario, si las clases dominadas no logran precisar sus objetivos y participar activamente en la vida nacional, entonces el nacionalismo deja intactas las relaciones de dominación.

Es cierto que cuando las contradicciones de clase en el interior del país son desplazadas por la contradicción entre la nación en su conjunto y la metrópoli imperialista, o cuando las contradicciones entre dominantes y dominados son desplazadas por la contradicción entre el conjunto de la sociedad y un sector social anacrónico convertido en traba para desarrollo del capitalismo, entonces se vuelven difusos los objetivos de las clases dominadas. Los esfuerzos encaminados a precisar tales objetivos no pueden, sin embargo, desconocer la realidad efectiva del mencionado desplazamiento e incluso su carácter históricamente progresivo. También lo contrario es cierto: cuando el nacionalismo no tiene un carácter revolucionario, a pesar de que suponga la consolidación de la soberanía del Estado, entonces no puede desconocerse que las contradicciones de clase no han sido desplazadas, que se mantienen en el centro de la dinámica social su dinámica determinará el sentido del nacionalismo.



# Adiós, Tío, Ho<sup>1</sup>

El impacto universal que ha causado la muerte de Ho Chi Minh, del cual ha habido manifestaciones incluso en el seno mismo del ejército norteamericano, expresa con nitidez la grandeza de la pequeña figura del presidente campesino del Vietnam. Lo mejor de los trabajadores, estudiantes e intelectuales del mundo entero, fundamentalmente quienes constituyen los sectores más avanzados y revolucionarios, han sido gravemente conmovidos por la desaparición del dirigente vietnamita, que a lo largo de su existencia supo siempre orientar a su pueblo hacia la puerta del futuro. Poco antes de morir, el Tío Ho escribió en su testamento: “me encuentro entre los pocos que llegan a los setenta”. En efecto, muy largos resultan sus 79 años de lucha, y más aún, si se consideran los innumerables obstáculos a que se enfrentó. Sin embargo, a pesar de que son muchos años, resulta difícil concebir que hayan podido traducirse en resultados tan apreciables en la liberación de su país y en la construcción del socialismo.

Si se recuerdan las vicisitudes de su vida, sus primeros años en contacto con la miseria del campo vietnamita, su época de marinero ávido de conocer la posibilidad de una realidad distinta, su descubrimiento del leninismo, su presencia como fundador del Partido Comunista francés, su labor organizadora en China e Indochina, las docenas de cárceles del preso poeta, su enfrentamiento a las tropas invasoras japonesas primero y francesas más tarde, la liberación de la parte norte su país y, finalmente el increíble victorioso combate contra el ejército imperial más poderoso

<sup>1</sup> *Solidaridad*, 15 de octubre de 1969.

de la historia, no puede extrañar que Ho Chi Minh haya devenido el dirigente adecuado a la medida del heroico pueblo vietnamita, ni puede extrañar tampoco que su muerte se haya convertido, como escribió él de la de Lenin, en un duelo universal.

La tenacidad, el espíritu de lucha y la capacidad de sacrificio de Ho Chi Minh le permiten afirmar con absoluto convencimiento en su testamento: “La guerra de resistencia contra la agresión norteamericana puede ser larga todavía. Nuestros compatriotas posiblemente tengan que soportar nuevos sacrificios en términos de propiedad y de vida humanas. En todo caso, debemos estar resueltos a luchar contra los agresores norteamericanos hasta la victoria final”. Nadie duda, en verdad, que precisamente esa victoria final será la mejor retribución que el pueblo vietnamita entregará a quien supo entregarse entero a la lucha revolucionaria.

Después de la primera guerra mundial, cuando Ho Chi Minh se ganaba la vida en París como retocador de fotografías, unas veces, y otras como pintor de “antigüedades chinas”, su preocupación central era descubrir el camino que deberían recorrer los pueblos de los países coloniales. Paso a paso, combinando el estudio del marxismo con las actividades prácticas, llegó gradualmente a la conclusión de sólo que el socialismo puede liberar de la esclavitud a las naciones oprimidas y a los trabajadores de todo el mundo. El aspecto cardinal del pensamiento del dirigente vietnamita puede expresarse en su identificación del colonialismo él y capitalismo y, en consecuencia, su comprensión de que la lucha la libera porción nacional de los países coloniales, es una lucha anticapitalista.

## **Democracia y hegemonía<sup>2</sup>**

Carece de originalidad afirmar que el término “democracia” es uno de los conceptos que más se manipulan sin atender siquiera a las más

<sup>2</sup> *Solidaridad*, 31 de enero de 1970.

elementales exigencias del rigor científico. Hay que partir, en un intento por situar con mayor precisión la validez de este concepto, del supuesto obvio de que, en una sociedad dividida en clases, es decididamente imposible encontrar rasgo alguno de vida democrática. Cuando un sector o clase social mantiene su predominio económico, político, ideológico, etc., sobre el resto de la sociedad, la “democracia” es una ilusión que contribuye a robustecer ese predominio. Todos los esfuerzos por defender la vigencia de los “principios democráticos” o por impedir que se violen las “normas de la vida devienen lamentable fariseísmo, que poco o nada ilumina la verdadera realidad de la sociedad clasista.

Sociedad democrática y hegemonía de un sector o clase social son fenómenos incompatibles. Así pues, al advertir que la mayor parte de los análisis políticos se orientan hacia la búsqueda de la democracia perdida, se advierte también la decisiva influencia que sigue ejerciendo el pensamiento liberal. En efecto, es característico del liberalismo su dedicación a la defensa de una serie de normas y principios jurídicos que, en última instancia, no son sino la consagración legal de la división social. De ahí que resulte más útil para la comprensión y transformación de la realidad, analizar en qué condiciones y hasta qué grado un sector o clase social es capaz de mantener su hegemonía política.

Un sector de la sociedad puede mantener su hegemonía con el apoyo explícito del resto de la sociedad. Esto sucede cuando una nueva clase pasa a ocupar el puesto de la que dominó antes que ella, por lo que se ve obligada, para cumplir sus objetivos particulares, a presentar éstos como si fueran objetivos comunes a todos los sectores de la sociedad. La nueva clase dominante no tiene ninguna dificultad para realizar lo anterior, en virtud de que efectivamente, en los comienzos de su dominación, sus intereses particulares armonizan realmente el interés común de todas las demás clases no dominantes. Esta situación se presenta con máxima claridad cuando una clase o sector social desplaza a otro por medio de una revolución pacífica o violenta.

Planteado a grandes rasgos, este tipo de hegemonía se encuentra en muchos países, en el momento de su revolución burguesa. La burguesía ascendente podía satisfacer, en efecto, las demandas elementales, generalmente de carácter gremial, de un proletariado todavía débil. Asimismo, podía con facilidad dar solución, aunque fuera parcial, a la demanda campesina de reforma agraria, en virtud de que sus intereses (necesidad de mano de obra, aumento en la producción, ampliación del mercado interno, etc.) coincidían con tal demanda. Por otra parte, los sectores medios pequeño-burgueses, veían también en el desarrollo de la burguesía, la posibilidad de ampliar sus estrechos horizontes.

En otras ocasiones, un sector social es capaz de mantener su hegemonía, por cuanto que sus intereses no son antagónicos sino complementarios con los del único otro sector capaz de poner en cuestión tal hegemonía. Este es el caso de la alianza entre la burguesía agrario mercantil, cuya producción se orienta fundamentalmente el mercado externo, y la incitante burguesía industrial que ha preferido, en varios países latinoamericanos, señaladamente Argentina y compartir el predominio económico y político, en virtud de que la oligarquía latifundista podía garantizar una cierta demanda industrial y constituirse en una fuente de capital para la industria.

Por otra parte, hay que considerar que un sector o clase social no mantiene en su hegemonía por sí mismo, de manera inmediata, sino la ejerce a través de la mediación Estado. Este, si bien no es un instrumento pasivo que meramente induzca los intereses de la clase económicamente dominante, tampoco actúa con independencia de ella. En habría que atribuirle una autonomía relativa, dependiendo de las circunstancias históricas concretas él se subraye su carácter autónomo la relatividad de esta autonomía.

Así, por ejemplo, hay ciertos períodos en los cuales ningún sector social destaca con claridad sobre los demás, es decir, que los intereses de los dirigentes sectores de la burguesía no son claramente contradictorios. Esto

le da al Estado un amplio margen de maniobra, la posibilidad de establecer una fraseología populista e, incluso, de hacer ciertas concesiones que fortalezcan su posición ante las mayorías trabajadoras.

Hay, además, otro fenómeno político que contribuye a que cierto sector social mantenga su hegemonía. Se trata de la existencia de dos partidos políticos que representan los mismos intereses económicos y sociales. De esta manera, colorados y blancos en Uruguay, republicanos y demócratas en Estados Unidos, conservadores y laboristas en Inglaterra, etc., han podido alternarse el poder político, sin que esto signifique ninguna transformación real en la vida económico política de esos países y sin que la hegemonía del sector social predominante se ponga en cuestión.

Al sector hegemónico le queda también el recurso de la violencia. Cuando su pérdida de prestigio y de base social de apoyo es tal, que no puede conservar el dominio por las vías “legales”, acude al aparato policia-co-militar represivo. A primera vista se puede establecer una relación directa clara: mientras mayores son los medios económicos y políticos a través de los cuales un sector puede conservar su hegemonía, menor es la necesidad de dominación violenta y, a la inversa, al debilitamiento de la hegemonía corresponde un incremento en la violencia represiva. En el primer caso, los liberales se regodean satisfechos por el funcionamiento de la “democracia”. En el segundo caso, se alarman ante la presencia de una dictadura. En rigor, se trata de una dictadura “civil” en el primer caso y violenta en el segundo.

Sin embargo, paradójicamente, cuando un sector es ampliamente hegemónico, puede enfrentar a las minorías disidentes con inusitada violencia. Así, se puede advertir que regímenes abiertamente militares son, a pesar de todo, relativamente “blandos” con la oposición obrera o estudiantil, en virtud de su precaria posición. Por el contrario, sociedades en las que aún hay un sector que conserva una hegemonía “legal”, reaccionan con una vocación represiva inesperada. De cualquier manera, en la compleja vida política de una sociedad, estas represiones contribuyen

eficazmente al debilitamiento de esa hegemonía, al alejamiento de sectores cada vez más amplios de la población que se incorporarán y vigorizarán una oposición radical.



# El desarrollo y una problemática no resuelta<sup>1</sup>

Es usual encontrar en las declaraciones del grupo políticamente dominante en nuestro país el argumento siguiente: es injusto atribuirle a la Revolución Mexicana carencias, limitaciones, fallas, etc..., que son herencia de siglos de miseria y atraso. Por otra parte, es también frecuente encontrar otro argumento, de signo contrario, en las afirmaciones de los grupos burgueses no integrados al aparato burocrático-administrativo: es falso que el desarrollo y crecimiento que ha experimentado el país en los últimos decenios deba atribuirse al papel que ha jugado el sector que mantiene la hegemonía política desde el triunfo de la Revolución de 1910.

El primer argumento es indudablemente verdadero. Posee la evidencia de la obviedad. Es claro que la Revolución Mexicana no inventó la concentración de la propiedad, la acumulación de la riqueza, el subempleo, la intervención del capital extranjero, la estrechez del mercado interno, etc. Si esto es tan claro que a nadie se le ocurre sospechar lo contrario, ¿por qué motivo se recuerda tan reiteradamente que estas lacras son herencia del pasado y no realmente de la acción del sector políticamente dominante en los últimos cincuenta años?

El objetivo que se persigue es diluir la problemática contemporánea detrás del fantasma del progreso. Este fantasma se invoca con expresiones rituales que son variantes de la perogrullada de que “es mucho la que hemos avanzado, aunque ciertamente todavía falta recorrer un largo trecho

<sup>1</sup> *Solidaridad*, 15 de abril de 1970.

del camino". Ante cada intento por cuestionar el presente, el sector políticamente hegemónico saca a relucir el pasado.

Mientras más negros sean los rasgos con los que se describe la realidad nacional pasada, más luminosamente podrá destacarse el avance del México posrevolucionario, el cual ha sido posible se afirma gracias a la actividad del sector que conserva el liderazgo político.

La oposición por parte de la burguesía no integrada con el sector políticamente predominante insiste con otro argumento igualmente verdadero. El avance y crecimiento del país es inherente a todo proceso capitalista; las estructuras políticas pueden favorecerlo u obstaculizarlo pero de ninguna manera constituyen su condicionamiento absoluto.

Cualquiera que sea el criterio que se busque para medir el desarrollo del país: aumento del producto nacional, ritmo de industrialización, incremento en las exportaciones, etc. se podrá advertir incluso por comparación con otros países que ese desarrollo no es una función dependiente de la actual estructura política.

El sector políticamente dominante defiende las estructuras políticas vigentes, en virtud de que considera que están posibilitando el crecimiento del país. Otros sectores de la burguesía, pero de oposición, igualmente interesados en el desarrollo, discrepan de ciertos elementos de la estructura política. Ambas posiciones tienen en común la aceptación de que, en última instancia, la problemática nacional gira alrededor del crecimiento. Desde el punto de vista del proletariado la cuestión tiene que ser enfocada, necesariamente, con una perspectiva que no se deja centrar en torno al problema del desarrollo o crecimiento. El interés del proletariado es examinar si hay una problemática no resuelta, independientemente del crecimiento experimentado por el país.

Así, por ejemplo, el problema de la acumulación de la riqueza en sectores reducidos de la población no sólo no se resuelve por el crecimiento del país, sino que incluso se agudiza. En México se puede hablar ya de

una burguesía financiera, estrechamente ligada al capital industrial nacional y extranjero, que empieza a jugar el papel que en otros países han desempeñado tradicionalmente las oligarquías latifundistas: imponer decisiones económicas y políticas que correspondan a sus particulares intereses. En íntima conexión con lo anterior, es fácil advertir que el problema de la contracción de la propiedad no está en vía de solución por el crecimiento, sino que, por el contrario, éste ha hecho posible una concentración que años atrás no se hubiera podido siquiera imaginar.

Por lo que se refiere al problema del subempleo, es claro que el avance económico del país no ha alterado el drama que encierra el débil aprovechamiento de la oferta de trabajo. No sólo continúa realizándose la producción agrícola con el doble de los brazos que se necesitan, solidaridad lo que significa que la población campesina vive permanentemente semiempleada, sino que se vuelcan sobre las ciudades millares de hombres que no son absorbidos por el trabajo industrial.

El subempleo no es sólo característico del campo, sino que ahora, y de manera creciente, se presenta como un grave problema urbano. La incorporación de tecnología avanzada, proveniente de las metrópolis imperialistas, está acentuando aún más el problema. Esta incorporación de tecnología es indispensable para mantener el ritmo de crecimiento del capital, pero no resuelve el problema del subempleo.

La intervención del capital extranjero no es algo que haya venido debilitándose por el desarrollo económico. Por el contrario, y sin que la nacionalización de ciertos renglones básicos afecte sensible. mente la situación, se puede mostrar cómo la penetración del capital marcha parejamente con el crecimiento del país. Esto es: continúa la extracción de plusvalía por parte de las metrópolis neocolonialistas. La dependencia del capitalismo mexicano no se rompe por el avance económico del país: se refuerza e incluye, intensificadamente, nuevos aspectos de la vida nacional.

Precisamente el crecimiento dependiente del capitalismo en México explica que éste no haya sido capaz de enfrentar con éxito el problema de la debilidad crónica del mercado interno. En la situación clásica de los países que se iniciaron primero en el desarrollo capitalista, este desarrollo fue acompañado de una ampliación constante de sus mercados interiores. En la situación actual, de un sistema imperialista mundial cada vez más integrado, el crecimiento económico no conlleva tal ampliación.

Por último, el proletariado no puede perder de vista que el mayor desarrollo no significa una menor explotación del trabajo. Hay, pues, una problemática no resuelta, una problemática que el crecimiento del país deja intacta. A la clase económicamente dominante y a los grupos políticamente hegemónicos, cuyo interés fundamental coincide pese a sus contradicciones relativas, esta problemática les preocupa a partir de y en relación con el desarrollo. Para el proletariado, a la inversa, el desarrollo importa como solución de dicha problemática.



# El intelectual y la crítica<sup>1</sup>

Sería absurdo pretender una definición que diera cuenta, con rigurosa claridad, del papel que juega el intelectual. Sin embargo, resulta evidente que la crítica es un rasgo central que dibuja el horizonte en el que se mueve su actividad. Si esta generalización es válida y, en efecto, la actividad intelectual se caracteriza por su vocación crítica, sería interesante una revisión histórica de lo que ha sido la cultura en México, a fin de desenterrar las escasas figuras que han cumplido la tarea intelectual. Esta revisión histórica se vuelve un imperativo tanto más urgente cuanto más insistente es el coro que supone que la historia intelectual de México es la de un solo proyecto que fue propuesto inicialmente por los le precursores de nuestra independencia o tal vez, más atrás aún, por Cuauhtémoc, la y que ininterrumpida y unívocamente d se sigue realizando hasta en la más reiterativa, declaración actual.

En verdad, está muy intencionalmente extendida la tesis de que la historia de las ideas en México tiene la forma de un proceso lineal y homogéneo, de tal manera que la ideología contemporánea no es ni siquiera heredera del pasado, sino hi este pasado que se sobrevive permanentemente a sí mismo. De acuerdo con esta visión uniformada y deformada. los fundamentos de la cultura en México son los mismos desde Hidalgo y Morelos ha pasado por Juárez, Madero, Carranza. etc., hasta nuestros días. Según esta visión oficial de la cultura mexicana, este cuadro fue eventualmente alterado por los pocos mexicanos que se pusieron al servicio de países extranjeros (Mejía, Miramón) al servicio del Mal (Díaz, Huerta).

<sup>1</sup> *Solidaridad*, 30 de abril de 1970.

La urgencia de esa revisión histórica deriva de la necesidad de mostrar la más compleja realidad del proceso intelectual mexicano, de restituirles su lugar de intelectuales y, por tanto, críticos, disidentes, a las escasas figuras heterodoxas (Mora, Flores Magón, Domínguez), que, aunque aisladas, rompen la supuesta univocidad del desarrollo de la cultura en México.

Ahora bien, es un hecho innegable que el sector político que emergió como el grupo dominante después de la Revolución Mexicana supo y pudo asociar, desde hace mucho tiempo, los intelectuales a la revolución canalizada por él; mantener la mayor parte de ellos a su lado después de la toma y consolidación del poder. La burguesía en México ha podido ofrecer a los intelectuales perspectivas y ubicación suficientes, funciones importantes, márgenes de libertad e ilusiones amplias, como para mantenerlos bajo su control y mermar, e incluso erradicar definitivamente, su capacidad de crítica. De acuerdo con la hipótesis general arriba señalada, ello es bastante para reconocer que la vida intelectual ha sido francamente débil en los últimos decenios. Salvo escasas excepciones, los intelectuales mexicanos han asumido completamente esta situación o, en el mejor de los casos, han terminado por asumirla después de breves esfuerzos por obtener una verdadera independencia que garantizara su intención crítica.

Solidaridad en los últimos años, sin embargo, ha empezado a modificarse cuadro, ya casi tradicional, de negación autonegación del intelectual mexicano. Empieza a generalizarse, todavía con lentitud, una nueva disposición hacia la cultura, en la cual el impulso crítico disidente constituye el eje central. Se está gestando una crítica del muralismo que ha devenido pintura para turistas millonarios que asisten a hoteles, de una crítica del grabado que se ha transformado en anacrónico lugar común una crítica del grabado que se ha transvestido en idioma cifrado para ocultar la realidad, una crítica de las tesis desarrollistas que han descubierto su raigambre capitalista, una crítica de las instituciones políticas que evidencian su esclerosis creciente, etc.

A largo plazo, la estructuración de una verdadera actitud crítico-intelectual es condición necesaria para el surgimiento y desarrollo de un fuerte movimiento obrero independiente. Sin embargo, paradójicamente, la presencia de este movimiento autónomo del proletariado es, a su vez, condición para acelerar la formación de una corriente intelectual crítica. En efecto, la crítica intelectual, para serlo, tiene que ser hecha desde una cierta perspectiva, en nombre de algo.

Se advierte, todavía con frecuencia, que esa crítica se realiza en nombre del pasado, a partir de principios liberales que han sido cancelados por el propio desarrollo histórico. Un ejemplo: en días pasados, un economista manifiesta su alarma ante el impresionante crecimiento de los monopolios comerciales e imploraba el auxilio para el pequeño comercio. En el momento actual, frente al elevado grado de centralización alcanzado por el capital, tomar posición en favor del pequeño comerciante es tarea inútil que desconoce el sentido en que marcha la historia del capitalismo.

En otras ocasiones, la crítica no encuentra un punto real de apoyo, por lo que se mueve de manera insegura y vacilante. Así, no puede extrañar que sustituya la verdadera realidad nacional por una supuesta realidad mítica más originaria. Esto conduce los esfuerzos intelectuales a la crítica de un pasado remoto, tarea que en el mejor de los casos sólo adquiere validez en función de poner en crisis los fundamentos actuales de la realidad nacional.

La carencia de un apoyo básico que oriente la crítica se manifiesta también en la afanosa búsqueda de paliativos reformistas que no alcanzan sino la superficie de dicha realidad.

En resumen, el intelectual crítico de nuestra época sólo puede cumplir felizmente su papel si es capaz de lograr una visión interna y externa, a la vez, de su sociedad. Es necesaria una visión interna, sumirse en la cosa misma, en la realidad, poniendo al desnudo toda la estructuración en

torno a la cual gira la vida económica, política, social y cultural. Pero, al mismo tiempo, “puede decirse que sólo la posición que, intelectualmente, está fuera del orden social prevaleciente, que está al margen de sus ‘valores’, su ‘inteligencia práctica’ y sus ‘verdades axiomáticas’, permite una introspección crítica de sus contradicciones y posibilidades ocultas”. El intelectual sólo alcanza, pues, la plenitud de su vocación crítica en vinculación con el único sector de la sociedad -el proletariado que es, por su posición misma dentro de la sociedad, la negación de la misma.



# ¿Filosofía de la revolución mexicana?<sup>1</sup>

## Actividad humana y realidad

No existe primero una realidad independiente del hombre, y después un hombre que entra en contacto con esa realidad. Desde un punto de vista cronológico superficial, habría que reconocer que desde hace millones de años, o desde siempre, existe una realidad natural y que, en cierto momento, hace ya decenas de miles de años surge el hombre. Sin embargo, desde un punto de vista filosófico estricto, para el hombre no hay más realidad que la que él ha producido, a partir de ciertas condiciones dadas. Así pues, el hombre crea a la realidad; es la actividad humana la que construye la realidad.

Ahora bien, la actividad del hombre se manifiesta de diferentes maneras, como actividad económica, teórica, política, artística, etc. La actividad fundamental, la que constituye el origen a partir del cual se desarrollan las otras, es la actividad económica, es decir, el trabajo. De acuerdo con lo que se dijo más arriba, podemos concluir que la realidad está construida principalmente por el trabajo humano. El hombre realiza la actividad económica dentro de ciertas estructuras sociales y políticas, que pueden ser más o menos favorables para el desarrollo de esa actividad.

<sup>1</sup> *Solidaridad*, 15 de noviembre de 1969.

Cuando un sector importante de una sociedad no está conforme con esas estructuras sociales y políticas y no puede, por tanto, desarrollar adecuadamente la actividad económica, esta actividad deja de ser la fundamental. Se plantea la necesidad de modificar las estructuras mencionadas, lo cual no puede ser realizado por la pura actividad económica. En este caso, la actividad política adquiere prioridad. Esta actividad política es una gran reconstrucción de la realidad o, si se quiere, una reorientación de las condiciones en las que habrán de desarrollarse las actividades restantes, principalmente la económica. Las revoluciones son la expresión más acabada de la actividad política y, en nuestro país, la Revolución Mexicana de 1910, ha sido –hasta nuestros días– la manifestación más importante de la actividad política de nuestro pueblo.

## **Actividad teórica y actividad política**

La actividad política está precedida, en mayor o menor medida, por la actividad teórica. Ésta elabora un análisis crítico de la realidad existente, propone las modificaciones necesarias, y plantea los medios adecuados para realizar dichas modificaciones. En algunos casos, la actividad teórica que precede a la actividad política, puede estar muy desarrollada, hasta el extremo de construir todo un programa amplio y claro de la revolución. Ejemplos: Francia en 1789, o Rusia en 1917. En otros casos, como en el de México de 1910 sólo existen elementos teóricos dispersos e imprecisos, por lo que la actividad política se desenvuelve de manera confusa e imprevisible, aunque esto no disminuya la intensidad ni la extensión de la reconstrucción política. En efecto, la Revolución Mexicana no puede encontrarse muchos elementos teóricos más que los planteamientos democrático-liberales de Madero y Carranza, los anarco-sindicalistas de los Flores Magón y los agrarios del zapatismo.

En los casos en que las revoluciones son resultado de una sólida actividad teórica, como en Francia o Rusia, intervienen sin embargo tantos factores diferentes, tantos intereses contradictorios, que la reconstrucción de

la realidad no corresponde estrictamente al programa propuesto por la teoría. Es evidente que ni los teóricos franceses pretendían crear el imperio napoleónico, ni los teóricos rusos el stalinismo. Aún más inciertos son los resultados de las revoluciones en las que la actividad teórica es insuficiente. Así, no puede extrañar que la mexicana triunfe no solamente sobre sus enemigos, la burguesía terrateniente y la burocracia porfirista, sino también sobre sus propios aliados: Zapata, Villa, Flores Magón, etc. Que la Revolución Mexicana derrote a los sectores revolucionarios más importantes, es cuestión que habría que analizar más profundamente.

## **Actividad teórica y filosófica**

La actividad teórica se manifiesta de diferentes maneras. Existe, por ejemplo, una actividad teórico-científica que pretende conocer sectores específicos de la realidad. La filosofía, por su parte, es un modo de la actividad teórica, que pretende comprender e interpretar la realidad en su totalidad, con el fin de orientar la transformación o reconstrucción de ésta.

La filosofía se presenta como la totalización del saber de una época: se desarrolla en un nivel máximo de abstracción, por lo que sus conceptos no tienen relación inmediata con la realidad. Sin embargo, la filosofía establece fundamentos para la comprensión de las cuestiones concretas, por lo que es indudable que las disciplinas teóricas conectadas directamente con la realidad, pueden y deben derivarse de la filosofía.

## **Filosofía y Revolución Mexicana**

De acuerdo con los elementos esquemáticamente señalados, cabe preguntarse a qué se le llama Filosofía de la Revolución Mexicana. En ocasiones se usa esta expresión para referirse a las ideas socio-políticas de quienes participaron o dirigieron el proceso revolucionario. Este significado es erróneo, por cuanto dichas ideas ni constituyeron una concepción

filosófica, ni fueron siquiera cuerpo articulado y homogéneo. Más congruente que afirmar una filosofía de la revolución mexicana, sería plantear las características principales de esas ideas socio-políticas y el porqué del predominio de unas sobre otras.

En otras ocasiones se entiende por filosofía de la revolución mexicana un conjunto de principios jurídico-políticos, al extremo de que se llega a afirmar que la Constitución es la expresión plena de esa filosofía. La falta de rigor resulta aquí obvia. Ni un conjunto de leyes, ni postulados vagos como el del desarrollo con justicia social, ni los intentos utópicos de conciliar el crecimiento capitalista con un supuesto camino nacional propio, etc., permiten afirmar que la Revolución Mexicana haya engendrado una concepción filosófica.

No existe la filosofía de la revolución mexicana. Lo que hay es una interpretación ideológica del proceso revolucionario de nuestro país, es decir, una interpretación unilateral y deformante, que corresponde a los intereses parciales del sector burgués predominante. En verdad, la única posibilidad de una comprensión total de nuestra historia reciente, depende del desarrollo de un pensamiento obrero que sea capaz de interpretar la totalidad del proceso, sin las limitaciones ideológicas señaladas.

La manifestación más burda de las interpretaciones unilaterales se encuentra en la proliferación de obras escritas desde la perspectiva de una de las facciones que intervinieron en el proceso de 1910 en adelante. Sin embargo, esto no es extraño, por cuanto que en todo movimiento complejo se da el fenómeno de la pluralidad de interpretaciones. Lo verdaderamente grave es que no exista aún una investigación seria que dé cuenta y explique cada uno de los elementos que intervinieron en el proceso, cada una de las vicisitudes que sufrió y los resultados concretos a los que ha llegado. Mientras la ideología burguesa se preocupe por afirmar la coagulación del devenir histórico, la permanencia indefinida de la revolución mexicana, más se alejará de la posibilidad de una comprensión adecuada, rigurosamente fundamentada en una filosofía política.



# ¿Ideología de la revolución mexicana?<sup>1</sup>

En sentido estricto no cabe hablar de “filosofía de la Revolución Mexicana”, salvo que con esta se pretenda designar los supuestos teóricos últimos a partir de los cuales se han desarrollado la política económica, los análisis sociológicos o las tesis propiamente políticas de los ideólogos de la revolución de 1910. Es verdad, no se ha realizado una investigación de carácter filosófico capaz de descubrir esos supuestos teóricos. Así pues, hablar de la “filosofía” de la Revolución Mexicana no es sino despojar a dicho concepto de su peculiar significación, como se ha hecho con tantos otros conceptos, para emplearlo con máxima superficialidad, contribuyendo con esto a la confusión ideológica que tanto conviene a la ideología dominante.

Una investigación que ilumine cuáles son los supuestos filosóficos en los que se funda la ideología de la revolución de 1910, mostrará la inutilidad de pretender calificarlos como “filosofía mexicana”. Esto es así, por la simple razón de que no existe filosofía mexicana, paraguaya o noruega. La filosofía no se deja clasificar con base en criterios geográficos o geopolíticos. Si se quiere indagar con rigor esos supuestos, habrá que buscarlos en corrientes filosóficas (ilustración, positivismo, etc.) son tan francesas como mexicanas, tan latinoamericanas como europeas. En otras palabras, habrá que buscarlos en aquellas tendencias que intentaron expresar, con mayor o menor acierto, la organización cultural de una época.

<sup>1</sup> *Solidaridad*, 15 de diciembre de 1969.

Mucho más fructífera sería, pues, una investigación que se propusiera aclarar la ideología de la Revolución Mexicana. Entendemos por ideología, el conjunto de motivaciones, objetivos, intereses, aspiraciones, planteamientos, etc., que de una manera más o menos explícita, dibujaron en el plano teórico del pensamiento, utilizando el arma de la crítica, el camino que las fuerzas sociales intentarían recorrer, empleando la crítica de las armas.

La primera cuestión que se nos muestra al intentar determinar la Ideología de la Revolución Mexicana es que no existe. En efecto, no hay una ideología sino diferentes ideologías o, lo que es lo mismo, varias tendencias ideológicas que se yuxtaponen, oponen, contraponen, etc. Postular una ideología única y unívoca que fuera la resultante del juego de las diversas tendencias, es al campo de la controversia ideológica pautas aplicables en la mecánica o en la matemática.

En rigor, las diferentes ideologías que empezaron a desarrollarse de manera particular en los primeros años de este siglo, que hicieron posible el grandioso proceso revolucionario de 1910, y que más tarde se han seguido manifestando en una manera u otra, han dado paso a lo que hoy sí podemos denominar Ideología de la Revolución Mexicana o, lo que es lo mismo, ideología de la clase dominante. Pero ésta no presentarse como la integración cabal y absoluta de aquellas diferentes ideologías. Por el contrario, este proceso en el que una tendencia ideológica alcanza la hegemonía y el predominio sobre las demás, ha sido posible sobre la base de la asimilación de algunos elementos y la negación de muchos otros de las ideologías derrotadas. Dicho de otra manera: cada una de las tendencias ideológicas que han desempeñado algún papel en el movimiento de la sociedad mexicana en los últimos setenta años, constituye una totalidad estructurada. Lo que hoy es la ideología vigente no es una gran suma de esas totalidades, sino el desenvolvimiento, más o menos modificado, de una de ellas. Algunas referencias históricas precisarán lo anterior con más claridad.

En el Manifiesto del Partido Liberal Mexicano, fechado el 23 de septiembre de 1911, firmado en primer término por Ricardo Flores Magón, se asienta: “Los liberales no han dejado caer las armas a pesar de los tratados de paz del traidor Madero con el tirano Díaz, y a pesar, también, de las incitaciones de la burguesía, porque nuestro objeto no es alcanzar empleos ni distinciones, sino arrebatarlo todo de las manos de la burguesía, para que todo quede en poder de los trabajadores”.

En el Plan de Ayala, fechado el 25 de noviembre de 1911, firmado en primer término por Emiliano Zapata, se afirma que “Francisco I. Madero ha tratado de acallar con la fuerza bruta de las bayonetas y de ahogar en sangre a los pueblos que le piden, solicitan o exigen el cumplimiento de las promesas de la Revolución”. tarde, el 21 de agosto de 1914, el propio Zapata le escribió a Lucio Blanco: “este señor Carranza no me inspira mucha confianza, le veo muchas ambiciones y dispuesto a burlar la obra del pueblo”.

Es interminable la serie de textos que se pueden citar para mostrar la existencia de diversas tendencias ideológicas durante el proceso armado de la Revolución de 1910. Esquematisando mucho, se puede reconocer la existencia de tres ideologías principales: campesina (Zapata, Villa, Blanco, etc.), obrera (Flores Magón, Carrillo Puerto, etc.) y burguesa (Madero, Carranza, etc.). Estas diferentes tendencias ideológicas implican la presencia de clases sociales con intereses contrapuestos. Venustiano Carranza advierte esto con lucidez, y en un discurso pronunciado en Hermosillo, Son., el 24 de septiembre de 1913, señala: “terminada la lucha armada a que convoca el Plan de Guadalupe, tendrá que principiar formidable y majestuosa la lucha social, la lucha de clases, queramos o no queramos nosotros mismos.

Efectivamente, la lucha de clases se inició “formidable y majestuosa” bajo la forma del aplastamiento de la revolución campesina, llegándose incluso al asesinato de principales dirigentes. La lucha contra el proletariado fue también intensa. Carranza publicó el 10 de agosto de 1916 un decreto cuyo Artículo Primero es: “Se castigará con la pena de muerte a los que inciten

a la suspensión del trabajo en las fábricas o empresas des tinadas a prestar servicios públicos, a los que presidan las reuniones en que se proponga, discuta o apruebe; a los que la defiendan y sostengan, a los que asistan a dichas reuniones, a los que procuren hacerla efectiva". Un día antes se había ocupado militarmente el local del Sindicato Mexicano de Electricistas.

Hay dos características básicas con las que se ha pretendido presentar en los últimos treinta años la Ideología de la Revolución Mexicana: homogeneidad y continuidad. La verdad es que en nuestro proceso revolucionario participaron tendencias ideológicas radicalmente heterogéneas. La Revolución Mexicana fueron dos revoluciones simultáneas, una campesina y otra democrático-burguesa. Además, estuvo presente el pensamiento obrero, de manera limitada, por el escaso peso específico del proletariado de aquella época, representado por el anarcosindicalismo que encabezaba Flores Magón.

En el movimiento posterior de la sociedad mexicana, se fue consolidando de manera creciente una tendencia, la burguesa, hasta convertirse en la ideología dominante. Esta corriente supo y pudo asimilar elementos aislados de las otras tendencias, en la medida en que no eran antagónicos a sus intereses. Sin embargo, en manera alguna puede presentarse como la síntesis de todo el contradictorio movimiento ideológico del periodo armado. Por el contrario, las otras tendencias no forman parte ya de la ideología actual de la Revolución Mexicana. Fueron derrotadas: ningún homenaje a Zapata modificará el hecho de que sus objetivos, y los de la revolución campesina en general, fueron cancelados; ninguna alusión a Flores Magón evitará que sus planteamientos hayan sido negados.

Así pues, tampoco hay continuidad en el proceso ideológico de la revolución mexicana. Esto no significa que las ideologías campesina y obrera hayan desaparecido para siempre. Por el contrario, Jaramillo y el movimiento sindical de 1958 y 1959 mostraron que están vigentes. Sin embargo, estas tendencias ideológicas estuvieron y estarán necesariamente en la oposición contra la ideología dominante.



# Golpe militar en Argentina<sup>1</sup>

Nuevamente en días pasados, como ha sucedido ya en incontables otras ocasiones, un golpe militar ha producido un cambio de gobierno en un país latino americano. Esta vez es Argentina la que ve alterada su situación política, por la presencia de las fuerzas armadas. La intervención del ejército puede describirse como un “golpe en el golpe”, en virtud de que el derrocado régimen de Onganía, había sido también producto de la decisión de los militares. No es ésta, sin embargo, la primera vez que un gobierno surgido de una imposición del ejército, se ve derrocado y sustituido por otra imposición de la misma índole.

Hay que intentar advertir la especificidad de este golpe militar. Cada vez que un gobierno latinoamericano cae ante la presión del ejército, los liberales de todo el continente lamentan lo que no pueden entender sino como fatalismo. Un comentarista de *Excélsior* titula su lamento: “La Nación, botín del ejército”, y no encuentra mejor argumento para dar cuenta del derrocamiento de Onganía, que “la envidia, la ambición, el quítate tú para que me ponga yo”. Si en verdad se quiere ir más de la descripción de un drama barato, hay que abandonar el esquema obvio del villano ejército se lanza a la violación de la joven nación, ante el desconcierto del régimen “democráticamente electo”; hay que abandonar la hipótesis infantil de que la política latinoamericana se explica a partir de los estados de ánimo de la alta oficialidad militar. En manera alguna es posible hacer tabla rasa de las particularidades de cada caso y estructurar una concepción sobre los “golpes militares” en general. Es muy distinto el papel del

<sup>1</sup> *Solidaridad*, 30 de junio de 1970.

ejército que derroca un régimen democrático como el de Árbenz en Guatemala, con la complicidad del gobierno de Estados Unidos y la activa participación del monopolio dominante de la economía de ese país; en comparación con el papel de las fuerzas armadas que derriban un régimen populista como el de Perón; en referencia al puesto que desempeña un ejército que apoya los intereses de la burguesía agrario exportadora; en relación con el lugar que ocupa ejército que, como en el caso peruano, se dispone a darle una perspectiva a la burguesía industrial; en comparación con el papel que juega un golpe militar como el que derrocó a Goulart en Brasil, al calor de las contradicciones engendradas por el intento de desarrollar un capitalismo nacional autónomo, etc.

¿Cuál es, pues, el factor determinante de este reciente “*putsch*” de las instituciones armadas argentinas? De acuerdo con los cables de las agencias internacionales de prensa, en cuanto se anunció que los jefes militares habían retirado su apoyo a Onganía, “de inmediato una multitud se reunió en la Plaza de Mayo, y empezaron a gritar, a tocar bocinas y a insultar a Onganía”. La misma información cablegráfica continúa: “Onganía hizo un llamado a las fuerzas armadas para que no permitieran que el gobierno cayera, pero ninguna unidad militar respondió al llamado.”

Es significativo el hecho de que “una multitud” se reúna de inmediato de manera espontánea, sin seguir orientaciones de ninguna organización política. Es significativo que a Onganía no se le haya ocurrido sino acudir al apoyo de las fuerzas armadas. En efecto, la caída de Onganía fue posible porque su gobierno carecía por completo de base social de apoyo. Ni el proletariado descontento por la congelación de sus salarios y la penetración del gobierno en los organismos sindicales; ni el estudiantado constantemente afectado por la violencia represiva; ni los marginados por medidas fascistoides (miles de profesores expulsados, prohibida la actividad editorial libre, la normal distribución de películas y libros, etc.); ni la burguesía alarmada por la continuada inquietud laboral; ni las capas medias atezadas por el proceso inflacionario; ni los políticos

liberales acallados por la ilegalización de todos los partidos, podían servirle de apoyo al régimen de Onganía.

Sin embargo, el factor determinante que conmovió el gobierno de Onganía, hasta hacerlo finalmente caer, lo constituyó el movimiento decidido de amplios sectores de la población obrera. Los acontecimientos de mayo del año pasado en Córdoba, Rosario y Tucumán, seguidos por otros de diversa importancia, en los cuales el proletariado enfrentó al régimen y sus instituciones represivas, lo debilitaron de modo decisivo.

En esta situación, el secuestro y probable muerte del general Arámburu, ex presidente de Argentina, fue el pretexto que impulsó a los militares al golpe. ¿Qué posibilidades de cambio real se pone el nuevo régimen? La misma información cablegráfica a que hicimos referencia más arriba señala: “En ninguno de los comunicados de la Junta militar se indicó si el nuevo gobierno va a modificar la línea política de Onganía, pero los observadores políticos consideran que no variará sustancialmente.” Quizá los políticos liberales logren arrastrar ciertas ilusiones por la promesa del nuevo régimen de efectuar elecciones en dos años. Quizá algún sector obrero, mediatizado por la dirección sindical progubernamental, que “ofreció su contribución a la junta militar”, confíe en el “reencuentro definitivo entre el pueblo y sus fuerzas armadas” por el cual aboga dicha dirección.

La opinión de la Confederación General de los Trabajadores, la “CGT de los argentinos”, como se autodenomina para diferenciarse de la Central gobiernista, precisa las posibilidades de transformación real que puede esperar el proletariado de ese país: “La CGT no tiene nada que cambiar frente a este nuevo gobierno. El golpe no es más que una maniobra para impedir la acción revolucionaria. Las anunciadas reformas institucionales no son más que viejos cuentos y nuevas tretas para que minoría conserve el poder.”

La claridad política de este sector de la clase obrera argentina, el de que haya sido factor determinante en la caída del régimen anterior, permiten prever que el nuevo régimen militar no conseguirá arrastrar nuevamente al proletariado hacia posiciones que permitan un cierto apoyo social para la dictadura.



# Iglesia y cambio<sup>1</sup>

Con intensidad creciente se ha venido asociando, tanto en la prensa informativa como en publicaciones más analíticas, algunos conceptos como “revolución” “rebeldía” con las instituciones eclesíásticas o miembros aislados de la Iglesia. En efecto, casi no transcurre una semana en la que no haya noticias respecto a declaraciones, protestas y señalamientos por parte de sacerdotes, obispos y organismos religiosos. Por otra parte, aumenta rápidamente el número de libros que intentan un análisis del proceso renovador en el seno de la Iglesia.

En verdad, una revisión de la historia del pensamiento religioso y de la conducta política de los individuos integrados dentro de las instituciones eclesíásticas mostraría que no se trata de un fenómeno nuevo. Para referirnos, a título de ejemplo, sólo a nuestro país, habría que recordar que desde el momento mismo de la aparición del cristianismo en México hubo destacados sacerdotes, como el padre Las Casas, que se opusieron a los procedimientos violentos de la colonización. Fueron curas, también, Hidalgo, Morelos, Servando Teresa de Mier, Matamoros, etc., los que jugaron un papel decisivo en los inicios del movimiento independentista. El pensamiento liberal tuvo en un teólogo, José María Luis Mora, uno de sus más brillantes exponentes. De hecho, en México, como en los demás países, siempre han existido dos iglesias: una rebelde, otra conformista; una transformadora, otra conservadora. Si esto no se ha visto con claridad en otros períodos históricos, ello se ha debido a que la Iglesia identificada con el orden establecido ha tenido una importancia notoriamente

<sup>1</sup> *Solidaridad*, 15 de febrero de 1970.

superior. Sin embargo, incluso en de este tipo, identificar a la Iglesia con la Inquisición no era sino simple esquematismo. De cualquier manera, en los últimos años es francamente evidente que el predominio de los sectores religiosos reaccionarios se está debilitando y que hay que contar con la existencia de otra Iglesia, rebelde y con impulsos renovadores.

Quizá se puedan precisar tres niveles distintos en los que se ha manifestado un afán de modificación. Por una parte, en lo que se refiere a la vida misma de los sacerdotes. Destaca aquí la discusión en torno al celibato sacerdotal. En una encuesta hecha entre los sacerdotes de Holanda, por ejemplo, una mayoría absoluta de los curas de ese país se inclinó por autorizar el matrimonio de los ministros religiosos, en abierto enfrentamiento con la actitud por el Vaticano. Otras cuestiones, como el derecho al trabajo civil, que han planteado los curas franceses, mantienen un vivo enfrentamiento en torno a la calidad del sacerdocio.

Un segundo nivel, más complejo, se refiere a la organización interna de la Iglesia. La necesidad de modificar una jerarquía rígida que conserva estructuras anacrónicas se hace cada vez más evidente. El debate tiene como centro la “actualización” y la democratización de la vida religiosa. Expresan lo anterior los cambios litúrgicos tendientes a una mayor comunidad de los fieles con la ceremonia, la supresión del Índice de Libros Prohibidos, la incorporación del psicoanálisis, el cuestionamiento del absolutismo de la autoridad papal, etc. Estos dos niveles tienen una trascendencia limitada fuera de los marcos de la vida religiosa. No sucede lo mismo con el tercero: la presencia de la Iglesia en el mundo político y social. Es aquí donde se hace más nítida la diferencia entre la Iglesia rebelde y la Iglesia integrada y donde, incluso, la escisión se ensancha cada vez más. El deslinde se establece en torno a la participación de la Iglesia en los movimientos que luchan por un cambio social: “Si subversivo es lo que va contra el orden en la actual circunstancia latinoamericana -dice el obispo- los subversivos no son quienes quieren el cambio social sino quienes de alguna manera se oponen a él, pues se está en presencia de un desorden establecido.”

La preocupación de la Iglesia por la problemática político-social se encuentra en las dos Iglesias, la rebelde y la tradicional. En esta última adquiere un contenido cualitativamente distinto y obviamente más superficial. Para ella, la cuestión se reduce a la crítica de los excesos del capitalismo y a propugnar una colaboración de clases que atenúe los conflictos que constantemente se suscitan. Esta actitud, en apariencia progresista, pero en última instancia conformista, se expresa con claridad en las encíclicas papales, en las declaraciones de las máximas autoridades religiosas y, en general, en los organismos institucionales que difunden el punto de vista de la corriente tradicional, todavía mayoritaria.

El hecho de que el sector rebelde de la Iglesia sea aun francamente minoritario lo obliga a plantearse una doble tarea: a) centrar la atención en un movimiento que sacuda las propias estructuras eclesiológicas, es decir, que se oriente en una perspectiva autotransformadora; b) participar definitivamente en el proceso de transformación de la sociedad. En el primer caso, se trataría de lograr que sea la Iglesia en su conjunto la que cancele su complicidad tradicional con el poder económico-político de la burguesía, la que renacionalice el lugar que ocupa en el seno de la sociedad. En el segundo caso, se pretendería marginar el lastre que supone la Iglesia tradicional y canalizar los esfuerzos hacia la vida política exterior.

Destaca aquí el breve mensaje que envió el clero rebelde uruguayo al Papa antes de su visita a Colombia: “Hermano Pablo: no vienes a comprometerte con los que luchan, si vienes a consagrar el orden existente, entonces, hermano Pablo, más vale que no vengas”.

Los que se han inclinado por la segunda posibilidad buscan desarrollar la actividad política sin renunciar a su calidad de ministros de la Iglesia. Esto les permite contar con un radio de influencia más amplio permanecer fieles a sus principios. Sin embargo, la oposición de las autoridades eclesiológicas superiores o la persecución oficial ha obligado a ciertos sacerdotes a una actuación más precaria, al margen de las instituciones religiosas. De cualquier manera, no hay duda de que los dominicos presos

y torturados en el Brasil, los jesuitas expulsados de Paraguay, los curas guerrilleros colombianos, los sacerdotes aliados a los mineros españoles y, en general, el movimiento religioso rebelde de Uruguay, la Argentina, Chile, etc., son una aportación considerable al desarrollo de la causa proletaria.



# La dinámica desarrollista descansa en la sobreexplotación del trabajo<sup>1</sup>

Podría resumirse los factores determinantes para el crecimiento económico a: 1) aumento de la mano de obra empleada; 2) incremento de la acumulación de capital y 3) desarrollo tecnológico. Es evidente que estos factores no se mueven al mismo ritmo, ni en el mismo sentido. Más aún, no se trata de factores complementarios, sino que, por el contrario, en ciertas condiciones son contradictorios. Así, por ejemplo, el adelanto tecnológico puede significar una traba para el aumento de la mano de obra empleada. Sin embargo, el desarrollo tecnológico es indispensable para mantener el ritmo de la producción y la acumulación de capital. Ahora bien, la realización de la producción es perjudicada en virtud de los problemas de sub y desempleo, por lo que la acumulación de capital se entorpece por el raquitismo del mercado interno.

Este círculo vicioso en el que se mueven economías dependientes como la de México, conduce a dificultades graves como la irregularidad en el crecimiento del empleo. Los economistas calculan que hay dos millones y medio de campesinos sobrantes; es decir, que la producción agrícola actual podría mantenerse al nivel, aún cuando no se contara con esa fuerza de trabajo. Si se toma en consideración que la población

<sup>1</sup> *Solidaridad*, 31 de julio de 1970.

económicamente activa en nuestro país es, en la actualidad, de 15.2 millones, lo anterior significa el miento de una sexta parte de la mano de obra disponible.

Por otra parte, hay un millón de trabajadores urbanos subempleados dedicados a realizar actividades improductivas, en virtud de la incapacidad de la industria para absorber la fuerza de trabajo disponible. Al sumar el desempleo rural y urbano, se advierte que una gran capa de la población trabajadora se encuentra marginada de la actividad productiva, en condiciones de miseria extrema y con una capacidad de consumo casi nula.

La irregularidad en el crecimiento del empleo se traduce, como es obvio, en una irregularidad en la distribución del ingreso. No solamente porque un 40% de la población trabajadora está imposibilitada de vender su fuerza de trabajo, sino porque este sector constituye un enorme ejército de reserva que está dispuesto a trabajar aunque sea con salarios menores a los que prevalecen actualmente, por lo que representa una fuerte presión que tiende a mantener el bajo nivel de los salarios. No puede extrañar, entonces, que en nuestro país haya una tendencia permanente a profundizar la desigualdad en la distribución del ingreso.

La irregularidad en el crecimiento del empleo y en la distribución del ingreso, repercute negativamente en la ampliación del mercado interno. En efecto, lo anterior limita la capacidad de consumo de la población trabajadora. Si la burguesía industrial no encuentra un mercado dinámico capaz de garantizar la salida de una producción creciente; si, por otro lado, el mercado externo se encuentra dominado por los países altamente industrializados, se advierte que su posibilidad de mantener las utilidades, descansa en la sobreexplotación del trabajo.

Esta situación sería insostenible si el sistema no fuera capaz de mantener los precios de los productos alimenticios en un bajo nivel. La deficiente organización sindical y de los trabajadores industriales es un factor importante para evitar conflictos motivados por la sobreexplotación del

trabajo. Pero, en última instancia, el bajo precio de los productos agrícolas es una válvula de escape que ha garantizado una cierta estabilidad social. Es evidente que esto ha sido posible por la explotación aún mayor del trabajador rural.

Los índices altos de explotación del trabajo impiden que se corrija la tendencia a la concentración del ingreso, imposibilitan la fortificación del mercado interno de consumo y constituyen una traba para el crecimiento del país. Estos círculos son motivo suficiente para no aceptar la tesis según la cual el desarrollo es el objetivo natural, sin antes cuestionar el proyecto de desarrollo que se intenta cumplir.



# Lenin y los sindicatos<sup>1</sup>

En la organización económica y social anterior a la aparición del capitalismo industrial, no existía condición alguna que proporcionara la unión de los trabajadores. Tanto el trabajo agrícola en pequeñas parcelas propias, como el trabajo artesanal en pequeños talleres, disociaba a los trabajadores y hacía que cada uno de ellos se aferran a sus intereses individuales, distintos e incluso contrarios a los intereses de sus compañeros, lo que dificultaba su unión. Distinta es la situación, sin embargo, frente al desarrollo del capitalismo industrial que exige el trabajo de cientos miles de obreros, habituándolos con ello al examen colectivo de sus necesidades y a la acción mancomunada, lo que hace evidente la identidad de situación e intereses de toda la clase obrera.

El obrero que es por sí solo impotente ante el capitalista, tiene que buscar el medio de oponer resistencia con el fin de procurarse defensa. Este medio lo encuentra en la unión. Impotente en tanto que individuo, el obrero se transforma en pila base, como lo indica la experiencia de todos los países capitalistas, son la organización más adecuada de la clase obrera con miras a la lucha económica, lo que explica la gran inclinación de las masas obreras a unirse en sindicatos que puedan conducir a un mejoramiento de su situación y a un reforzamiento de su organización de clase. No se trata exclusivamente, sin embargo, de las ventajas económicas que los obreros pueden derivar de la lucha sindical, sino del desarrollo de la conciencia de clase que ella supone. La conciencia de clase de los obreros implica la comprensión de que los intereses de todos los obreros

<sup>1</sup> *Solidaridad*, 15 de junio de 1969.

de un país son idénticos, solidarios, que todos ellos forman una misma clase, distinta de todas las demás clases de la sociedad. La conciencia de clase de los obreros es la comprensión de que el único medio de mejorar su situación y de conseguir una emancipación consiste en la lucha contra la clase de los capitalistas.

En consecuencia, Lenin señala que es absolutamente necesario apoyar y desarrollar por todos los medios de lucha económica de los obreros y sus organizaciones sindicales, sin dejar nunca de considerar la relación de la táctica de la lucha económica sindical con la marcha general del movimiento obrero. Los sindicatos fueron un progreso gigantesco de la clase obrera por cuanto han significado el paso de la dispersión y la impotencia de los obreros a los rudimentos de la unión de clase. El desarrollo del proletariado no se ha efectuado ni ha podido efectuarse en ningún país de otro modo que por medio de los sindicatos. Ahora bien, cuando empieza a desarrollarse la forma superior de la unión de clase de los proletarios, es decir, el partido revolucionario de la clase obrera, los sindicatos comienzan fatalmente ciertos rasgos reaccionarios, cierta estrechez gremial, cierto espíritu rutinario, cierta tendencia al apoliticismo.

El problema del apoliticismo sindical se le presenta a Lenin como una cuestión grave, dado que si bien se puede reconocer que los sindicatos obreros constituyen no sólo un fenómeno sino indispensable bajo la existencia del capitalismo y a la vez sumamente importante para la organización de la clase obrera en su lucha cotidiana con el capital, Lenin considera que es imprescindible evitar que limiten su atención a los objetivos estrechos de carácter económico, por lo que los obreros agremiados deben impulsar la lucha política al primer plano. Algunos consideran incomparablemente más importante la lucha política un porvenir más o menos lejano. Semejante opinión es profundamente equivocada. No hay discrepancias en torno al hecho de que se debe organizar la lucha económica de la clase obrera. Pero olvidar la lucha política a causa de la lucha económica, significaría renegar el principio fundamental del

pensamiento obrero, significaría olvidar todas las enseñanzas que proporciona la historia del movimiento obrero.

Son precisamente los partidarios acérrimos de la burguesía y del gobierno puesto a su servicio los interesados en organizar asociaciones de obreros de carácter puramente económico, para desviarlos de esta manera de la política y del socialismo. Para los obreros es claro que ninguna lucha económica puede aportarles un mejoramiento estable, ni siquiera puede llevarse a cabo en amplia escala, si los obreros no tienen el derecho de organizar libremente sus asambleas y sindicatos, de editar periódicos propios, etc. Y para obtener estos derechos, es necesario llevar a cabo una lucha política. Así pues, para Lenin es evidente que del hecho de que los intereses económicos desempeñan un papel decisivo, no se desprende en modo alguno la conclusión de que la lucha económica sindical tenga una importancia primordial, pues los intereses más esenciales y decisivos de la clase obrera pueden ser satisfechos únicamente por transformaciones políticas radicales en general. Particularmente el interés económico fundamental del proletariado, la desaparición de la propiedad privada, puede ser satisfecho únicamente por medio de una revolución política que sustituya el gobierno de la burguesía por un gobierno obrero.

Lenin señala que es la burguesía la que pretende reducir al proletariado al solo movimiento sindical, mientras que a los representantes de la ideología obrera les interesa por el contrario, desarrollar la lucha política del proletariado hasta hacerlo asumir un papel dirigente en la sociedad. La pretensión de la burguesía se ve forzada por el hecho de que el desarrollo natural del movimiento obrero marcha precisamente hacia su subordinación a la ideología burguesa, pues el movimiento obrero espontáneo es sindicalista, y el sindicalismo implica el sometimiento ideológico de los obreros por la burguesía. Por ello la tarea de los representantes del pensamiento proletario consiste en combatir la espontaneidad, hacer que el movimiento obrero abandone esta tendencia del sindicalismo a cobijarse bajo el ala de la burguesía.

Ahora bien, ¿por qué el movimiento espontáneo conduce a la supremacía de la ideología burguesa? Porque si entendemos que la lucha sindical es la aspiración común a todos los obreros por conseguir tales o cuales mejoras en su situación, advertimos también que el fin del movimiento sindical no es acabar con esa situación, es decir, la meta no es la supresión del sometimiento del trabajo al capital. La lucha económica permite que el obrero venda mejor su fuerza de trabajo, pero no atenta contra una situación según la cual el obrero tiene necesariamente que vender su fuerza de trabajo. La misión de los sindicatos consiste en mejorar las condiciones de trabajo en el marco del régimen capitalista, pero no pone en cuestión la existencia misma de tal régimen. El interés de los representantes del pensamiento obrero consiste, por el contrario, en suprimir las reacciones capitalistas.

Los intereses de clase de la burguesía dan origen inevitablemente al empeño de circunscribir los sindicatos a una estrecha actividad en el marco del régimen vigente, en alejarlos de todo vínculo con el socialismo. De ahí que para Lenin el principio fundamental, el primer precepto de todo movimiento sindical, consiste en lo siguiente: no confiar en el Estado, que es la organización de la clase dominante, confiar únicamente en la fuerza de su clase.

Lenin distingue tres formas fundamentales a través de las cuales se manifiesta esta fuerza en la lucha proletaria: la económica-sindical, en el la política y la teórica. Todo intento por desarrollar unilateralmente alguna de las tres formas, dejando de lado a las restantes, no puede conducir sino a la parálisis del movimiento obrero. La gran virtud de Lenin, la que le permitió dirigir por primera vez en la historia a la clase obrera al poder político, radica en su capacidad para vincular esas tres formas. Esa es también la gran aportación de Lenin al pensamiento obrero, en lo que se refiere a la problemática sindical.



# Libertad y necesidad<sup>1</sup>

En días pasados apareció en la revista *Siempre!*, un artículo referido a la muerte del embajador alemán en Guatemala. El comentarista condena a los insurgentes de ese país, por haber llevado a cabo su amenaza de privar de la vida al diplomático mencionado, al rechazar el gobierno guatemalteco el canje del embajador por un determinado número de presos políticos. Asimismo, el articulista condena al gobierno de ese país vecino, al considerarlo igualmente responsable por la muerte de Karl von Spreti. El artículo termina con la siguiente exigencia: “Suprimanse, pues, las dictaduras, acábese de una vez con la injerencia de un país en vida de otro, o de otros; respétense los derechos de los pueblos y la violencia, que estos males generan, acabará”.

Nos interesa esta afirmación porque, a pesar de su carácter imperativo, carece por completo de significación. Es un ejemplo claro de un vicio muy extendido en los “análisis” políticos. En efecto, ¿a quién se le recomienda la supresión de las dictaduras? Evidentemente no puede esperarse que la indicación sea atendida por los que ejercen despóticamente el poder político. Tampoco puede suponerse que las víctimas de ese control descubran la necesidad de suprimir las dictaduras a través de la lectura de ese enunciado vacío. Lo que esa afirmación esconde, detrás de su aparente contundencia, es el escamoteo del verdadero problema. ¿A qué fuerza social se le puede señalar el objetivo de suprimir el despotismo estatal? ¿Qué vía se considera adecuada para cumplir ese objetivo? ¿Qué medios se consideran convenientes para emprender esa gigantesca

<sup>1</sup> *Solidaridad*, 15 de mayo de 1970.

tarea? El carácter impersonal de la frase esconde a medias el hecho de que no se adopta una actitud política ante la realidad, sino una posición moral abstracta y estéril. Ninguna dictadura desaparecerá porque la indignación motive el imperativo: “Suprímense las dictaduras.”

El ejemplo tiene interés sólo en la medida en que corresponde a un vicio generalizado que afecta una gran cantidad de análisis y comentarios pretendidamente políticos. Una buena parte de estos “análisis” se pierde en inocuas reflexiones sobre “lo que se debe hacer”, “lo que se debe evitar”, “lo que hay que impulsar”, etc. Un verdadero análisis político que no quiera convertirse en mera fraseología puede reducirse al señalamiento de lo que se debe hacer. Es indispensable la investigación de quién puede hacerlo, de los obstáculos que es necesario vencer, los pasos que es posible dar, etc. Es indispensable, pues, tener presentes los marcos concretos de necesidad y libertad en los que, en cada caso, se desenvuelve la actividad humana.

Efectivamente, la actividad del hombre es libre por cuanto constituye la realización de proyectos que el propio hombre se propone. La libertad reside en la acción humana toda vez que ésta consiste en el cumplimiento de ciertos fines que el propio hombre se impone. Ahora bien, los fines o metas que el hombre elige, los proyectos que intenta realizar, obedecen a la necesidad de lo que podemos llamar la fuerza en la dirección, en algo así como una propiedad familiar. Ya no se concibe al INI sino en función del doctor Caso.<sup>2</sup> Esto es lo malo de la permanencia indefinida de un mismo timonel en el puesto de mando. Se van creando, insensiblemente, intereses en torno al funcionario, se reincide en los mismos enfoques, esto es, se repiten los errores y se pierde la mística original que pudo impulsar programas y acciones originales. Y un funcionario así reiterado en su puesto llega a creerse no sólo un superhombre sin mácula sino único, insustituible. Y se pierde en las alturas de la sacralización, mientras sus

<sup>2</sup> Se refiere al antropólogo y arqueólogo Alfonso Caso, quien dirigió el Instituto Nacional Indigenista (INI) de México, entre 1949 y 1970 (N. de la R).

allegados sacan provecho en los pormenores de la rutina. Por su parte, el gobernador Óscar Flores demuestra, a su vez, que entre otras cosas, los jesuitas misioneros han tenido éxitos innegables con su obra en la Tarahumara y obligado al Gobierno Federal a inventar un organismo de ayuda a los indígenas tan abandonados por el gobierno de su estado que el gobernador prefiere, “confesión paladina”, no meterse en esa cuestión. Si se piensa que “esa cuestión” es el bienestar de una comunidad mexicana así tironeada en las polémicas y así abandonada por las autoridades, tendremos que recordar la razón de quien, cansado de oír del “problema del indio” aclaró que son los indios los que sufren el “problema del blanco”. Y tanto el doctor Caso como el gobernador Óscar Flores son hombres blancos. Dicho sea, naturalmente, sin el menor espíritu racista, sino sólo como un dato de información objetiva.



# Mariátegui, el pionero<sup>1</sup>

Mariátegui pertenece a la primera generación de latinoamericanos que se acerca al marxismo para emplear este instrumento teórico en el estudio de la realidad de nuestros países. El pensamiento del primer marxista peruano corresponde, por tanto, a la fase de gestación del marxismo en América Latina, lo que significa que se encuentra marcado por las ambivalentes características de todo pensamiento que tantea un nuevo camino. En efecto, Mariátegui es el primer gran intérprete marxista de la realidad peruana: desarrolla sus investigaciones con lucidez y realiza planteamientos incisivos. Al mismo tiempo, sin embargo, su instrumental teórico no está aún suficientemente afinado. Se trata del difícil proceso de desprendimiento de una vieja cultura y del penoso esfuerzo de adquisición de una nueva concepción teórica. Quizá por ello, escribió en el prólogo de 1928 a la primera edición de los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*: “Ninguno de estos ensayos está acabado: no lo estarán mientras yo viva y piense y tenga algo que añadir a lo por mí escrito, vivido y pensado.” Por otra parte, Mariátegui vive en un país en el que la clase obrera era, en su época, débil. No es extraño, en estas condiciones, que ninguno de sus ensayos aborde cuestiones referentes al proletariado industrial y a su organización política. Sin embargo, esa circunstancia determina que Mariátegui oriente su atención hacia el problema del indio y el de la tierra, mostrando la falsedad de las investigaciones tradicionales. A pesar de cierta propensión al indigenismo, explicable en un país de elevada población indígena, Mariátegui analiza hasta qué punto el problema del indio no es sino el problema de la tierra.

<sup>1</sup> *Solidaridad*, 15 de enero de 1970.

Mariátegui no maneja el concepto del modo asiático de producción, que es probablemente el más adecuado para definir las características principales de la sociedad inca en la que, a pesar de no reconocerse la propiedad privada sobre la tierra, el grupo gobernante (de carácter militar-religioso), aprovechaba, sin embargo, su situación a la cabeza del Estado, para apoderarse de una parte importante del plus producto. Aunque resulta discutible el concepto de “socialismo incaico” que reiteradamente emplea el teórico revolucionario peruano, siguen siendo indispensables para la comprensión de la realidad latinoamericana precolombina sus análisis de la estructura económica y social de la sociedad inca.

Mariátegui fundó una de las mejores revistas que ha habido en Perú, *Amauta*, que significa gran sacerdote, adivino y profeta de los incas. En el editorial o presentación del primer número, Mariátegui escribe: “El título preocupará probablemente a algunos... no traduce sino nuestra adhesión a la raza, no refleja sino homenaje al Incaísmo.” Este indigenismo de Mariátegui, en una época en que comenzaba a cobrar auge el nacionalismo de Haya de la Torre, no puede ser confundido con las ideológicas de éste, quien con el transcurso del tiempo ha mostrado lo endeble de su posición. Es necesario tener presente la afirmación de Mariátegui en el ensayo titulado “El problema del indio”: “Proclamamos que éste es un instante de nuestra historia en que no es posible ser efectivamente nacionalista y revolucionario sin ser socialista.”

Mariátegui pertenece, además, a una generación que posee ciertas características propias: es la generación que actúa después de la primera Guerra Mundial, bajo el impacto de los grandes movimientos revolucionarios que se sucedían en y especialmente influida por la primera revolución proletaria en Rusia. Es, pues, una generación política. Mariátegui, quien fuera fundador de la sección peruana de la III Internacional, claramente consciente de lo anterior, escribió: “La política es hoy la grande actividad creadora. Es la realización de un inmenso ideal humano. La política se ennoblece, se dignifica, se eleva cuando es revolucionaria.”

José Carlos Mariátegui es “marxista convicto y confeso”, haciendo imposible cualquier futura confusión en la estimación de su pensamiento y de sus metas. Su afiliación a esta filosofía, a este método de interpretación de los problemas humanos en todas sus manifestaciones es inequívoca. De ningún modo cabría plantear la objeción de falta de originalidad, porque su obra no es una copia de textos clásicos, sino una creación interpretativa de la realidad peruana, en la que se pretende emplear un instrumental teórico determinado. Mariátegui no se sirve del marxismo para la especulación abstracta, sino que lo practica como método de investigación aclimatado a su realidad histórica. Por ello en el dirigente peruano se reconoce al sociólogo por sus contribuciones al análisis de la realidad de su país.

La obra de Mariátegui no fue sólo una interpretación de la realidad peruana, sino también un pronóstico de su proceso futuro, lo que implicaba la necesidad de proponer un programa de acción. Consideraba el peruano que su nación aún no estaba definitivamente constituida como tal, por lo que era necesario remover los obstáculos que, a la base de la sociedad, impedían la consecución de esa meta histórica. Mariátegui plantea la necesidad de liberar la economía en el interior indígena, reformar el agro y defender la producción y el trabajo nacionales, de su sujeción a los poderes imperialistas. Este programa, con el que coinciden muchos peruanos, no puede cumplirse efectivamente, sostiene Mariátegui, sino mediante la revolución socialista, por lo que ésta es la empresa principal, condición de todo cambio significativo en la historia y cultura del Perú.

El pensamiento filosófico es un aspecto menos conocido de la obra teórica de Mariátegui, pese a que constituye un momento muy importante en el proceso intelectual peruano. Este pensamiento filosófico no está formulado de manera sino disperso en los numerosos ensayos que escribió nuestro autor, principalmente el titulado *Defensa del marxismo*. Atrae en Mariátegui su actitud abierta, su rechazo del “materialismo simplista y elemental de ortodoxos catequistas”, pesado lastre para la investigación filosófica y social. Desgraciadamente, la desordenada formación filosófica de Mariátegui lo conduce a planteamientos claramente discutibles.



# Posdata: Proyecto fallido<sup>1</sup>

El tema de *Posdata*, último texto publicado por Octavio Paz, hace obligatorio el intento de examinar esta obra. Se trata de una reflexión sobre lo que ha ocurrido en México en los últimos años. El propósito de Paz es realizar una nueva tentativa de descifrar la realidad nacional, en la búsqueda del autoconocimiento. Esta actividad crítica se propone desarrollar una posibilidad de liberación y en ello radica el mérito principal del libro: “En México hay un horror que no es excesivo llamar sagrado dice Paz, a todo lo que sea crítica y disidencia intelectual”. Es indispensable intentar un examen desde la perspectiva proletaria, de cualquier investigación que pretenda descubrir lo que ha sucedido en nuestro país en las dos últimas décadas; esta necesidad se intensifica cuando la investigación se hace bajo el signo de la crítica disidente. La pregunta que sugiere la lectura de *Posdata* es: ¿Logra Paz, en efecto, una ruptura ideológica con la realidad a la que dirige su crítica?

La variedad de las cuestiones señaladas en el libro impide una respuesta simple. Además, el texto de Octavio Paz es increíblemente irregular. Si nos detenemos en el primer ensayo, Olimpiada y Tlatelolco, resulta fácil perderse en una discusión minuciosa en referencia a la caracterización que hay en *Posdata* de la rebelión juvenil. ¿Representa efectivamente esta rebelión la anulación de las clasificaciones ideológicas? Cabe oponer a Paz el enfoque contrario e insistir en que es difícil encontrar otro fenómeno que haya contribuido tan vigorosamente al deslinde ideológico, que haya hecho posible una separación tan nítida de las otrora difusas corrientes

<sup>1</sup> *Solidaridad*, 31 de marzo de 1970.

ideológicas. ¿No constituye la protesta juvenil un recrudecimiento de la lucha de clases? Parece evidente que, pese a la opinión de Paz, si no se le atribuye a este concepto un significado estrecho, si no expresa sólo la contradicción entre burguesía y proletariado, si supone también la que hay entre metrópoli y colonia, entre capitalismo y socialismo, el movimiento juvenil tiene razón al vivirse a sí mismo como manifestación de la lucha de clases.

Igualmente, farragosa sería la polémica frente a la definición del movimiento de los estudiantes mexicanos. ¿Se justifica una definición con base en las peticiones de éstos? Parece obvio que es necesaria no sólo la mención sino una amplia exégesis de lo que fueron las estructuras mismas del movimiento: brigadas, asambleas, autodefensa, etc. ¿Hubo en las acciones de 1968 un sello nacionalista en contra de la intervención del imperialismo norteamericano? Quizá sea difícil hallar otro ejemplo de un movimiento tan amplio que haya renunciado con tal decisión a mezclar la problemática de la penetración imperialista para centrarse obstinadamente en la cuestión capital: la relación gobierno pueblo.

Tentadora también es la posibilidad de una lectura de *Posdata* que se deje llevar por el entusiasmo ante la capacidad de asombro de Paz por “la ferocidad, hay otra palabra, de la represión mexicana”. Porque es cierto que la capacidad de asombro y de indignación son indispensables para impedir la acción pulverizante del olvido. Los juegos olímpicos no fueron una distracción amable y es necesario que alguien, como Paz, recuerde que, en el contexto específico en que se dieron, “estas celebraciones parecieron gestos espectaculares con los que se quería ocultar la realidad de un país conmovido y aterrado violencia gubernamental”.

En *Posdata* surgen, en brillante síntesis, una serie de temas que exigen un serio cuestionario: la caracterización del PRI, cuya misión principal “es la nación política por el control y la manipulación de los grupos populares”, la cancelación de la posibilidad de que el gobierno se enfrente a la iniciativa privada, la consideración respecto al carácter que tendrán

las futuras grandes batallas políticas en México. la crítica del lenguaje, la confianza en la solución democrática, etc. Todo lo anterior da por aceptado que Paz, efectivamente, intenta una reflexión sobre lo que ha ocurrido en México en los últimos veinte años. Sin embargo, el supuesto último de *Posdata* es que no ha pasado nada en estos años o, lo que es lo mismo, los acontecimientos estaban ya explicados previamente a su realización *Posdata* descansa en la tesis de que “el ejemplo del psicoanálisis ahorra una demostración fastidiosa: la persistencia de traumas y estructuras psíquicas infantiles en la vida adulta es el equivalente de la permanencia de ciertas estructuras históricas -o más bien: intrahistóricas- en las sociedades”. Pues bien, es el propio ejemplo del psicoanálisis el que muestra lo contrario, como lo ha advertido Lacan: no hay tal persistencia fatal y necesaria de los traumas y estructuras psíquicas infantiles; éstos experimentan una refuncionalización en el desarrollo de la vida adulta. De la misma manera, no hay tal permanencia de estructuras históricas permanentes.

En la concepción de Paz, “la historia de cada pueblo contiene ciertos elementos invariantes o cuyas variaciones, de tan lentas, resultan imperceptibles”. La combinación de estos elementos invariantes constituye el rostro de un pueblo; el modo como se combinan conforma la máscara. Sin embargo, el problema no consiste en constatar que hay un rostro y una máscara; de lo que se trata es de advertir cómo la máscara remodela el rostro. La afirmación de que “los virreyes españoles y los presidentes mexicanos son los sucesores de los tlatoanis aztecas” es, en el mejor de los casos, un lugar común cronológico. De no ser esto es una afirmación vacía y engañosa. Por que no interesa saber si el hilo de la dominación va del tlatoani al virrey y de éste al presidente; lo que importa es descubrir la diferencia del modo de dominación del virrey, la especificidad del dominio del presidente. El rostro de México no se mantiene idéntico a sí mismo en la sucesión tlatoani-virrey presidente. La variación en las máscaras altera la configuración del rostro que ocultan.

No existe una historia que no pasa, perpetuo presente en rotación, ajena a la historia visible. Esto no puede pasarle inadvertido a Paz y por ello afirma: “Doble realidad del 2 de octubre de 1968 ser un hecho histórico y ser una representación simbólica de nuestra historia subterránea e invisible.” La dificultad surge por cuanto a Paz no le preocupa el 2 de octubre como hecho histórico, le interesa sólo como representación simbólica. La conclusión no se hace esperar: “La plaza de Tlatelolco está imantada por la historia”, es decir, ahí no pasó nada; por lo menos, nada que no estuviera ya determinado por esa supuesta historia invisible.

Paz niega estar orientado hacia una búsqueda de nuestro pretendido ser. Afirma que “el mexicano no es una esencia sino una historia”. Pero, ¿de qué historia se trata? Posdata no ofrece casi ningún elemento determinante que explique Tlatelolco a partir de las crisis del país, producto de su desarrollo histórico. Lo decisivo está en la esencia subterránea: la vigencia actual del modelo azteca de dominación. ¿Qué ha ocurrido en estos veinte años? Nada que no hubiera ocurrido ya hace quinientos, nada que exceda las posibilidades explicativas de lo ocurrido hace ochocientos años.



Boletín del Grupo de Trabajo  
**Historia y coyuntura: perspectivas marxistas**

Número 50 · Marzo 2024